

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO. CICLO C.

Lc. 3, 10-18

En aquel tiempo la gente preguntaba a Juan: "¿Entonces qué hacemos?" El contestó: "El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo."

Vinieron también a bautizarse unos publicanos y le preguntaron: "¿Maestro, qué hacemos nosotros?" El les contestó: "No exijáis mas de lo establecido." Unos militares le preguntaron: "¿Qué hacemos nosotros?" El les contestó: "No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie, sino contentaos con la paga."

El pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dejó a todos: "Yo os bautizo con agua; pero viene uno que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. El os bautizará con el Espíritu Santo y fuego; tiene en la mano el bieldo para aventar su parva y reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga." Añadiendo otras muchas cosas, exhortaba al pueblo y les anunciaba el Evangelio.

CUENTO: LA ALEGRÍA DEL COMPARTIR

Mister Liddel era el presidente de la gran empresa Maximus, dueña de media docena de bancos y de siete grandes industrias internacionales. Todo conseguido por sus hábiles maniobras y buen olfato para los negocios.

Un día llegó algo tarde a la reunión de accionistas pero, en vez de disculparse, puso a temblar a todos los funcionarios con su mirada fría y distante. De pronto, al fondo del salón observó la presencia de un limpiabotas. Era un viejo negro de aspecto humilde, con las manos sucias y con la ropa harapienta. Mister Liddel no lo había visto jamás, pero tenía unos minutos libres y podía permitirse el lujo de hacerse sacar un poco más de brillo a su fabuloso par de zapatos de 600 euros que llevaba puestos.

El viejo negro trabajó con gran habilidad. Al terminar, Mister Liddel fue a darle un euro, pero se encontró con su mirada. Una mirada extraña, profunda, con una luz bondadosa y divertida que le brillaba dentro. Al levantarse del banquillo, los zapatos de Mister Liddel salieron disparados como cohetes, llevándolo fuera del salón. Parecía que iba a un maratón, eso sí, un maratón un poco extraño. Los zapatos lo llevaron delante de un niño pobre sin piernas que pedía limosna en la calle, y no se movieron de allí hasta que Mister Liddel vació todo el contenido de la cartera en las manos del chaval aterrorizado. Luego, los zapatos llevaron a Mister Liddel hacia suburbios llenos de pobres chabolas y de gente que sufría, y de cuya existencia Mister Liddel nunca había oído. Los zapatos lo obligaron a ver lágrimas, soledad, miseria, abandono.

Después de unas cuantas horas, Mister Liddel estaba muy cansado, pero se sentía distinto. Por primera vez veía de verdad a la gente. Y para terminar, al atardecer, los zapatos hicieron una cosa inesperada: llevaron a Mister

Liddel a una iglesia. Y es que no había vuelto a ella desde la primera comunión. Y vio al fondo una lucecita roja que brillaba. De pronto se acordó de la mirada profunda del limpiabotas negro y se sintió feliz como nunca se había sentido, y de repente lo comprendió todo.

Luego, sus zapatos volvieron a ser normales. Entró de nuevo en el salón de reuniones y preguntó: - ¿Habéis visto donde ha ido a parar aquel limpiabotas negro?. - Por aquí no ha pasado ningún limpiabotas negro, señor, - le contestaron.

Lo sospechaba. Además, ¿quién iba a creer que Dios era negro y que hacía de limpiabotas en las calles de la ciudad?.

ENSEÑANZA PARA LA VIDA:

De nuevo Juan Bautista a escena en este tercer domingo de Adviento, bautizado con el domingo de la alegría. Pero se nos habla en la segunda lectura, no de una alegría cualquiera, sino de la alegría que brota de la confianza en Dios y del amor a los demás. La alegría que brota de la serenidad de saberse amado por Dios, aun en nuestras debilidades y pecados. Como la alegría que vivió y predicó Juan el Bautista, la alegría del compartir, la alegría de la solidaridad. Qué maravilloso ejemplo de humildad a la vez al reconocer que él no era el Mesías, que no merecía siquiera desatarle las sandalias, cuando en la realidad es que a todos nos gusta destacar, ponernos muchas veces en lo alto del candelero. Con lo conocido y famoso que era el Bautista, fácil le era hacerse proclamar Mesías. Pero por eso es un santo, como podemos serlo también nosotros, porque el verdadero santo se sabe limitado, es sencillo, se siente pecador, y pone todo el acento en la obra misericordiosa de Dios en él. Y de ahí no puede brotar más que la alegría que da Dios, que da la tranquilidad de no tener que ponerse máscaras, ni pugnar por honores, ni dejarse carcomer por las rivalidades y envidias. Alegría sana de quien se sabe humano, con muchas cualidades, quizá únicas, pero que también reconoce que el otro también tiene otras y son tan importantes como las mías. Estamos faltos de alegría, porque estamos hartos de vanidad, porque por todas partes se nos mete que importante es el que destaca o el que tiene imagen. Y cuántos rostros tristes se ven en gente famosa, con sonrisa fingida o de plástico, pero que nos transmite nada de dentro. Porque la alegría brota de la coherencia. Y qué coherencia la de Juan Bautista, qué valentía la de anunciar que el verdadero Reino de Dios no se construye sobre el egoísmo ni sobre la acumulación de bienes. Y qué actualidad su mensaje para nosotros los cristianos y para esta sociedad nuestra que basa su felicidad en las cosas materiales. Y qué reflejo tan realista de nuestro mundo actual, lleno de tantas desigualdades e injusticias a causa precisamente de que unos pocos acaparan lo que Dios creó para todos. Muy distinto sería el mundo si todos hiciéramos el esfuerzo por tener quizá menos pero mejor repartido. Encontraríamos la verdadera alegría, la alegría que encontró el empresario del cuento al compartir su fortuna con los más desheredados. Construyamos la verdadera alegría y seamos cristianos de alegría, de sonrisa acogedora y sanadora, cristianos que demuestren que Cristo no es un mito ni un invento de la Iglesia, que en verdad vive y viene en cada instante a nuestras vidas. Sólo la alegría y el amor serán las credenciales del verdadero cristiano, sólo el cristiano alegre y solidario convencerá y

conquistará corazones para Cristo. Como Juan el Bautista. Y como tantos otros. Como tú y yo podemos serlo. ¿Lo intentamos esta semana?. Ánimo, nos acompaña el Señor. ¡OS DESEO LA ALEGRÍA QUE BROTA DE UN MANO SOLIDARIA Y DE UN CORAZÓN COMPASIVO!